

BIBLIOGRAFICAS

EN LA MUERTE DE MANUEL ALFREDO RODRIGUEZ

R.J. Lovera De-Sola (*)

Los libros

Al fallecer, hace poco en Caracas, el guayanés Manuel Alfredo Rodríguez (1929-2002) nos dejó una rica cosecha intelectual. Esto le coloca entre nuestros más selectos oradores, nuestros más diestros historiadores, nuestros más agudos prosistas. Tal sus libros **Andueza Palacio y la crisis del liberalismo venezolano**, (Caracas: Ediciones La estrella en la Mira, 1960), **Nuestros treinta años**, (Caracas: Edición Especial del Círculo Musical, 1967. 2 vols). Este volumen fue editado en su segunda impresión bajo el mote **Tres décadas caraqueñas**, (Caracas: Monte Avila Editores, 1975. 206 p.) que es la edición que aquí seguimos, **El correo del Orinoco, periódico de la emancipación americana**, (Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1969. 231 p.), **Bolívar en Guayana**, (Caracas: Gráficas Herpa, 1972. 322 p.), **La estadística en la historia de Venezuela**, (Caracas: Ministerio de Fomento, 1973. 342 p.), **El Capitolio de Caracas**, (Caracas: Congreso de la República, 1974. X, 605 p.), **De Caracas hispana y América insurgente**, (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1981. 124 p.), **Travesía de Venezuela**, (Caracas: Ediciones Centauro, 1982. 288 p.), **La Guayana del Libertador**, (Prólogo: Aníbal Larriva. Fotografías Thea Segall. Bilbao CVG, Ferrominera Orinoco, 1982. 220 p.), **Y Gallegos creó Canaima**, (Prólogo: Leopoldo Sucre Figarella. Fotografías Thea Segall. Ciudad Guayana: CVG/Ferrominera Orinoco, 1984. 259 p.), **La revista Oriflama y el espíritu del 28**. (Caracas: Ediciones Centauro, 1987. 227 p.), **La Ciudad de la Guayana del Rey**. (Caracas: Ediciones Centauro, 1990. 244 p.), **Los pardos libres en la colonia y en la independencia**. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992. 53 p.) y **Lecturas Guayanesas**. (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1995. 281 p.). Varios de sus celebrados discursos fueron también impresos en folletos.

(*) Crítico

El hombre

Manuel Alfredo Rodríguez significa muchas cosas dentro del proceso intelectual venezolano de las últimas cuatro décadas, decenios durante los cuales el publicó sus libros más significativos. En los trabajos de este historiador nuestro se continúa la vieja tradición de los abogados cultos quienes como él participaron en política y sintieron siempre pasión por nuestro pasado. Esto los llevó a cultivarlo, así nos ofreció varios libros sobre el laberinto de la memoria venezolana.

Estudioso de nuestra evolución en el campo de la historia y de la literatura venezolana a diferencia de algunos historiadores de hoy Manuel Alfredo Rodríguez no sólo publicó incitantes estudios sobre hechos y personajes de nuestro pasado sino que siempre se preocupó por la manera de escribir, por el estilo. Así sus libros nos resultaron siempre doblemente gratos.

A veces Manuel Alfredo Rodríguez fue autor de estudios orgánicos o de extensas monografías. Muchas veces sus textos fueron escritos dentro de los cánones de la oratoria para ser leídos en público. A través de estas peroraciones Rodríguez demostró que era un orador singular. Y fallecido el cardenal José Humberto Quintero (1902-1984) pasó a ser el primer orador vivo del país, pues lograba siempre con su verbo hacer vibrar, conmover, el corazón del escucha. Y esto no sólo por la forma como componía sus peroraciones, las cuales siempre llevaba redactadas, sino porque fue favorecido por la naturaleza con un alto tono de voz la cual concordaba con su estatura física lo cual le permitió siempre proyectarse sobre vastos auditorios. En libros suyos como **De Caracas hispana y América insurgente** o en **Travesía de Venezuela** se encuentran oraciones suyas que constituyen modelos del género oratorio como **Páez y la unidad venezolana** en el primero (p.79-107) o su **Carta leída a Miguel Otero Silva** en el segundo (p.257-263). Su oración sobre Lazo Martí, impresa en opúsculo, es antológica entre las suyas. Y una de las mayores en las cuales se expresa lo más nítido del sentimiento patrio.

En el Orinoco

Manuel Alfredo Rodríguez en **Bolívar en Guayana** continuó su trayectoria de certero estudioso del pasado venezolano. Es este volumen un estudio de los años que el Libertador actuó en el sureste de Venezuela (1817-19) en la región orinoquense. El hecho de tratar un solo aspecto de la acción de Simón Bolívar le permitió el autor profundizar en el tema de su disquisición.

Manuel Alfredo Rodríguez se situó en el campo de la historia narrativa, de allí que se detenga en cada paso, en cada suceso, de la historia que va estudiando

con serena imparcialidad. No intenta justificar a Bolívar, son pocas las veces que en que sus elogios al Héroe son desmesurados. Muy pocas veces exagera: sólo cuando se refiere al “*destino mesiánico*” (p.103) de Bolívar o su “*rápto profético*” (p.182). En el último caso basándose en una leyenda de Arístides Rojas. Debió manejar con más cuidado los trabajos de don Arístides, quien a veces no investigaba a fondo o describía sin documentación precisa, como lo indica Augusto Mijares (*El Libertador*. 4ª ed. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1967,p.22). Por último anotaremos que en este volumen Rodríguez le da su verdadero puesto a la “*ideología Realista*” de la época de la independencia, asunto importante, soslayado por nuestros historiadores quienes, en general, sólo utilizan sus apreciaciones no para tenerlas como punto de vista válido en el examen de aquel momento histórico sino para discrepar de ellas.

En el primer capítulo de **Bolívar en Guayana**, Rodríguez traza la acción de Bolívar hasta el año 1816, momento en que regresa a Venezuela de las antillas, donde se encontraba exilado. Los años de 1818-19, son básicos en el surgimiento y consolidación de la nueva nación, son los tiempos en que se resuelve el problema de la jefatura militar del movimiento patriota: es éste el instante en que Venezuela emerge como un Estado que ya habla un lenguaje propio, de nación autónoma. Estudia Rodríguez también aquí la trayectoria de Bolívar hasta 1814, analiza su destierro, la **Carta de Jamaica**, las expediciones que organiza en el exterior para reiniciar la lucha. Lástima que Rodríguez desconociera la investigación de Paul Verna sobre la expedición de Jacmel (**Robert Sutherland, un amigo de Bolívar en Haití**. Caracas: Fundación John Boulton, 1966.120 p.). Con esto no queremos afirmar que no mencione a Sutherland (p.14).

En el segundo capítulo trata de la conquista de Angostura por los patriotas. Se detiene en los problemas básicos como el fusilamiento de los Capuchinos Catalanes por manos de los patriotas (p.57-63) y el Congresillo de Cariaco (p.72).

En el siguiente de ocupa del proceso y fusilamiento de Piar, aunque no queda claro, ni se estudia con calma, la oposición de Piar a los Mantuanos de Caracas, ni su posible participación en una guerra de castas (p.123).

En la parte final nos ofrece el cuadro de la organización de la República en el campo legislativo y diplomático; el nacimiento del país como ente autónomo a través de la **Declaración de la República de Venezuela** (noviembre 20,1818), la creación del **Correo del Orinoco** y la independencia de la Nueva Granada.

Se cierra el volumen con un estudio sobre el Congreso de Angostura y con el análisis del discurso que ese día pronunció Bolívar (febrero 15,1819).

La estadística aquí

Manuel Alfredo Rodríguez publicó el primer estudio histórico que se realizó entre nosotros sobre la trayectoria de la estadística. Este libro se unió a su trayectoria de estudioso de nuestra evolución. En sus libros ha demostrado su interés por las formas de nuestra vida política. Si a esto unimos el buen estilo en que están escritos llegaremos a la conclusión de que no se pueden dejar de lado sus investigaciones sobre cuestiones venezolanas.

La estadística... es muy interesante. Por varias razones, entre las cuales habría que destacar el hecho de que es pionero en la investigación del asunto en forma sistemática. Los datos que brotan de tal indagación no dejan de ser esclarecedores.

La monografía de Manuel Alfredo Rodríguez se inicia en la época colonial y llega hasta nuestros días. Entre los datos que va arrojando su larga averiguación encontramos los siguientes: en 1580 en el informe del gobernador Juan de Pimentel se encuentra el primer padrón de nuestra ciudad capital. El mismo Pimentel fue el creador de los Archivos del Ayuntamiento y el Registro eclesiástico (p.27). De 1693 data el segundo censo. En 1723, Oviedo y Baños, en su **Historia**, refiere algunas informaciones demográficas. Siete años después llegó a nuestro país Pedro José de Olavariaga, cuya acción fue de tal significación que el autor de este libro le dedica un capítulo integro, de la misma forma que lo hace sobre la labor del obispo Mariano Martí, quien realizó el “*primer censo demográfico*” (p.65) de la provincia de Caracas entre 1771-84. En 1779 se encuentran interesantes datos sobre esta materia en la **Historia corográfica** del padre Caulín. En 1810 se publicó el primer libro de estadística escrito por un venezolano. De ese mismo año data nuestro primer censo electoral. A partir de 1820 se inició la publicación de los trabajos estadísticos de **El correo del Orinoco**. En 1829 comenzó su labor la “Sociedad Económica de amigos del país”. En 1865 se realizó el primer censo en donde no se encontró la odiosa discriminación entre hombres libres y esclavos. En 1871 creó Guzmán Blanco la Dirección General de Estadística. Los diez censos realizados hasta 1973 fueron hechos en 1874, 1881, 1891, 1920, 1926, 1936, 1941, 1950, 1961 y 1971. Hasta aquí presentamos una escueta relación de cuánto encontró Rodríguez en su pesquisa. Pero este no es un libro que contenga datos escuetos, está informado de una seria pasión por el país, de un interés por esclarecer problemas fundamentales, de una búsqueda por presentar con claridad el tema que se estudia.

El autor luego de su exploración se dio cuenta que hay figuras y momentos importantes en cuanto al tema de la estadística, de allí que dedique capítulos especiales a estudiar la labor de Olavariaga, como ya anotamos, que se detenga ante las tareas del obispo Martí trazando su perfil biográfico; que indague en la

estadística indígena, en la labor cumplida por Depons, Humboldt y Dauxion Lavaysse, que haga referencia al libro de José María de Aurecochea: **Memoria geográfico-económico-política del Departamento de Venezuela** que data de 1814.

Mucho más importante, desde el punto de vista de la revisión histórica, es el capítulo consagrado a José Domingo Díaz, el primer venezolano autor de un libro de estadística, el cual insertó en una publicación periódica: el **Semanario de Caracas**, en 1810. En este caso, Rodríguez, traza la biografía, estudia su posición de realista convencido, pero no se deja llevar por prejuicios patriotas falsos y analiza con detalle la figura de Díaz y su contribución a la estadística. Lo mismo hará páginas más adelante al sacar del olvido la vida y trabajos de Pedro Manuel Ruiz.

Entre Díaz y Ruiz, examina los diversos trabajos que en la materia de esta monografía emprendieron Codazzi, Cagigal y Guzmán Blanco, quien creó la "Dirección de Estadística", así mismo se detiene ante la labor cumplida en ella por Andrés Aurelio Level.

Estudia los primeros diez censos nacionales, dedicando un capítulo al primero realizado en 1874, y culmina esta valiosa inquisición con un capítulo en donde examina la legislación venezolana sobre la materia.

Un edificio

Desde hace años se viene sintiendo en nuestro país la necesidad de realizar estudios históricos que examinen ciertas épocas de nuestro acontecer, las cuales apenas han sido tocadas por nuestros historiadores o en torno a las cuales se ha escrito en forma panorámica o sólo se conocen obras escritas por actores o testigos de esos sucesos, quienes o fueron partidarios o contrincantes en esos hechos políticos. De la misma forma se tiene poco conocimiento de ciertas etapas de nuestro acontecer ya que una de las características de nuestra historiografía ha sido el estudio prolijo de los días de la emancipación en detrimento del período que va desde 1830 hasta el presente. Por esta misma razón la época que va desde el final de la Guerra Federal (1863) hasta la llegada de Cipriano Castro al poder (1899) es necesario abordarla con detalle: en este período sucedieron hechos fundamentales del proceso venezolano. Y si señalamos esto, hay que añadir que la época que va de la liquidación del guzmancismo (1889) hasta la llegada de los andinos al poder (1899), como épocas posteriores al fin del andinato en el poder (1945), merecen estudios que arrojen luz sobre ellos.

Todo lo que hemos acotado nos viene muy bien como introducción a la lectura del libro de Manuel Alfredo Rodríguez **El capitolio de Caracas** en donde por vez primera y de forma totalizadora examina un siglo (1873-1973) de historia venezolana: desde la toma de Caracas por las tropas de Guzmán Blanco (1870) hasta el último año (1973) del quinquenio presidencial iniciado en 1969.

Manuel Alfredo Rodríguez ha tomado el camino de la crónica para examinar este tiempo y así sin perder la visión de conjunto ha logrado penetrar en los agitados hechos que conforman el espacio histórico escogido como tema para su libro.

De la misma forma que en otros libros sobre la evolución venezolana se han estudiado ciertas épocas teniendo como base a un personaje determinado, en este caso Manuel Alfredo Rodríguez se ha metido en esta centuria a través de la historia de un edificio. De allí que en su libro dibuje la historia del Capitolio de Caracas a la vez que realiza el serio intento de hacer la historia de nuestro parlamento.

El libro se inicia con un breve capítulo sobre los Congresos pre-capitolinos donde se refiere a los coloniales (p.7-10), el primero de los cuales se llevó a cabo en 1559 (p.7). Luego se ocupa de los republicanos (p.10-15): el hecho de mirar los Congresos coloniales permite al autor explicar claramente la continuidad de nuestra tradición política: más de cuatro siglos.

Una buena parte del libro está dedicada a los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, el Septenio (1870-1877), el Quinquenio (1879-1883) y la Aclamación (1886-87). Aquí nos presenta con detalle la época contradictoria del "Autócrata Civilizador" el cual por una parte modernizó al país, por otra reprimía, se dejaba alabar hasta el colmo de la imaginable, se enriquecía ilícitamente y engañaba al mundo con la falsa imagen de un país que se autodenominaba democrático pero que a su vez nos mostraba la paradoja de que la mitad de los venezolanos o estaban presos o estaban desterrados.

El autor del libro que comentamos de forma objetiva ha sabido penetrar en la época: presenta con detalle la peripecia guzmancista y de la misma forma que se sumerge hasta el fondo en las cuestiones de este tiempo no pierde la visión de conjunto; no deja de señalar la raíz de la reacción antiguzmancista, que se realiza sin fuerzas con Linares Alcántara en 1878 y luego cuaja plenamente durante el gobierno civilista de Rojas Paúl en 1889. De la misma forma observa como Andueza Palacio, el sucesor de Rojas Paul, no entiende los signos de su tiempo e intenta un golpe continuista el cual desata la "Revolución Legalista", título profundamente ambiguo para una revolución, la cual llevará a Crespo al

poder y éste en vez de dejar el libre juego político a una tendencia de arraigo popular como el “mochismo” boicotea las elecciones y lleva al poder a su candidato: el pusilánime Ignacio Andrade. Durante el período de Andrade morirá Crespo defendiendo al gobierno y se iniciará la crisis definitiva del “liberalismo amarillo” (p.426) y así se abrirá el camino que conducirá al agotamiento de las tendencias tradicionales: cuestión a la cual ayudarán los gobiernos de Castro y Gómez. Su extinción permitirá el surgimiento de agrupaciones políticas modernas a la muerte de Gómez. Manuel Alfredo Rodríguez examina también con objetividad, los dos gobiernos finales del andinato: los regímenes de López Contreras y Medina, señala la significación del golpe de estado del 18 de octubre de 1945 (p.510) y nos muestra el ulterior desarrollo de nuestra vida político social desde 1945 hasta la primera presidencia de Rafael Caldera.

Tres décadas

En sus **Tres décadas caraqueñas** Manuel Alfredo Rodríguez nos presentó uno de los trabajos más serios sobre la evolución venezolana (1935-66) en el siglo XX. En este libro nos ofrece un detallado panorama de nuestro acontecer desde la muerte del general Juan Vicente Gómez (1935) hasta días de la presidencia de Raúl Leoni (1966). La indagación está basada en una profusa investigación hemerográfica.

Ilumina el autor esa difícil etapa coyuntural o de “transición” que fue el paso de la dictadura a la democracia (1935-45), se acerca al momento en que el gomecismo fue definitivamente liquidado, por el movimiento insurreccional de 1945, y de allí indaga en los acontecimientos que perfilan las diversas alternativas que ha vivido la nación de 1948 hasta el gobierno de Leoni. Cierra el autor su meticulosa pesquisa en 1966 ya que la edición príncipe del libro circuló en 1967, como antes hemos precisado.

Una de las cuestiones que plantea al lector este volumen es el tema de cómo debe hacerse la historia actual o la historia del tiempo contemporáneo cuando quien la escribe ha sido a su vez testigo de la peripecia que narra. Creemos que Manuel Alfredo Rodríguez presenta una clara forma de hacer este difícil tipo de recuento, ya que escribir historia del presente desde el presente es una complicada tarea y no todos los que la acometen salen airosos de ella.

Sobre el tema de la forma de hacer historia de nuestra tiempo se viene discutiendo desde hace algún tiempo entre nosotros. Por una parte se ha criticado a cierta historiografía el no haber investigado como debería haberlo hecho los acontecimientos del siglo XX para hacernos comprender mejor los días que

Todo lo que hemos acotado nos viene muy bien como introducción a la lectura del libro de Manuel Alfredo Rodríguez **El capitolio de Caracas** en donde por vez primera y de forma totalizadora examina un siglo (1873-1973) de historia venezolana: desde la toma de Caracas por las tropas de Guzmán Blanco (1870) hasta el último año (1973) del quinquenio presidencial iniciado en 1969.

Manuel Alfredo Rodríguez ha tomado el camino de la crónica para examinar este tiempo y así sin perder la visión de conjunto ha logrado penetrar en los agitados hechos que conforman el espacio histórico escogido como tema para su libro.

De la misma forma que en otros libros sobre la evolución venezolana se han estudiado ciertas épocas teniendo como base a un personaje determinado, en este caso Manuel Alfredo Rodríguez se ha metido en esta centuria a través de la historia de un edificio. De allí que en su libro dibuje la historia del Capitolio de Caracas a la vez que realiza el serio intento de hacer la historia de nuestro parlamento.

El libro se inicia con un breve capítulo sobre los Congresos pre-capitolinos donde se refiere a los coloniales (p.7-10), el primero de los cuales se llevó a cabo en 1559 (p.7). Luego se ocupa de los republicanos (p.10-15): el hecho de mirar los Congresos coloniales permite al autor explicar claramente la continuidad de nuestra tradición política: más de cuatro siglos.

Una buena parte del libro está dedicada a los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, el Septenio (1870-1877), el Quinquenio (1879-1883) y la Aclamación (1886-87). Aquí nos presenta con detalle la época contradictoria del "Autócrata Civilizador" el cual por una parte modernizó al país, por otra reprimía, se dejaba alabar hasta el colmo de la imaginable, se enriquecía ilícitamente y engañaba al mundo con la falsa imagen de un país que se autodenominaba democrático pero que a su vez nos mostraba la paradoja de que la mitad de los venezolanos o estaban presos o estaban desterrados.

El autor del libro que comentamos de forma objetiva ha sabido penetrar en la época: presenta con detalle la peripecia guzmancista y de la misma forma que se sumerge hasta el fondo en las cuestiones de este tiempo no pierde la visión de conjunto; no deja de señalar la raíz de la reacción antiguzmancista, que se realiza sin fuerzas con Linares Alcántara en 1878 y luego cuaja plenamente durante el gobierno civilista de Rojas Paúl en 1889. De la misma forma observa como Andueza Palacio, el sucesor de Rojas Paul, no entiende los signos de su tiempo e intenta un golpe continuista el cual desata la "Revolución Legalista", título profundamente ambiguo para una revolución, la cual llevará a Crespo al

poder y éste en vez de dejar el libre juego político a una tendencia de arraigo popular como el “mochismo” boicotea las elecciones y lleva al poder a su candidato: el pusilánime Ignacio Andrade. Durante el período de Andrade morirá Crespo defendiendo al gobierno y se iniciará la crisis definitiva del “liberalismo amarillo” (p.426) y así se abrirá el camino que conducirá al agotamiento de las tendencias tradicionales: cuestión a la cual ayudarán los gobiernos de Castro y Gómez. Su extinción permitirá el surgimiento de agrupaciones políticas modernas a la muerte de Gómez. Manuel Alfredo Rodríguez examina también con objetividad, los dos gobiernos finales del andinato: los regímenes de López Contreras y Medina, señala la significación del golpe de estado del 18 de octubre de 1945 (p.510) y nos muestra el ulterior desarrollo de nuestra vida político social desde 1945 hasta la primera presidencia de Rafael Caldera.

Tres décadas

En sus **Tres décadas caraqueñas** Manuel Alfredo Rodríguez nos presentó uno de los trabajos más serios sobre la evolución venezolana (1935-66) en el siglo XX. En este libro nos ofrece un detallado panorama de nuestro acontecer desde la muerte del general Juan Vicente Gómez (1935) hasta días de la presidencia de Raúl Leoni (1966). La indagación está basada en una profusa investigación hemerográfica.

Ilumina el autor esa difícil etapa coyuntural o de “transición” que fue el paso de la dictadura a la democracia (1935-45), se acerca al momento en que el gomecismo fue definitivamente liquidado, por el movimiento insurreccional de 1945, y de allí indaga en los acontecimientos que perfilan las diversas alternativas que ha vivido la nación de 1948 hasta el gobierno de Leoni. Cierra el autor su meticulosa pesquisa en 1966 ya que la edición príncipe del libro circuló en 1967, como antes hemos precisado.

Una de las cuestiones que plantea al lector este volumen es el tema de cómo debe hacerse la historia actual o la historia del tiempo contemporáneo cuando quien la escribe ha sido a su vez testigo de la peripecia que narra. Creemos que Manuel Alfredo Rodríguez presenta una clara forma de hacer este difícil tipo de recuento, ya que escribir historia del presente desde el presente es una complicada tarea y no todos los que la acometen salen airosos de ella.

Sobre el tema de la forma de hacer historia de nuestra tiempo se viene discutiendo desde hace algún tiempo entre nosotros. Por una parte se ha criticado a cierta historiografía el no haber investigado como debería haberlo hecho los acontecimientos del siglo XX para hacernos comprender mejor los días que

vivimos. El historiador J.L. Salcedo-Bastardo ha señalado el por qué se desdeñó durante mucho tiempo la historia contemporánea y esto basándose en una severa crítica de diversos tratadistas de nuestro acontecer (**Despolitizar la historia: una tarea para el desarrollo**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1973. 37 p.).

Por su parte un grupo de investigadores han intentado romper con esta problemática al publicar los primeros trabajos serios de evaluación de los dos primeros regímenes venezolanos del siglo XX, el de Cipriano Castro (1899-1908) y el de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Es por esta vía que se ha abierto una senda que ahora transitan otros estudiosos de nuestra realidad y será a través de sus indagaciones que iremos completando poco a poco una verdadera imagen de lo que somos.

Decíamos más arriba que el autor de estas **Tres décadas...** ha encontrado una de las fórmulas para narrar desde cerca un conjunto de acontecimientos sobre los cuales no se posee todavía la suficiente perspectiva histórica para decir la palabra definitiva. Manuel Alfredo Rodríguez se orientó por un camino sobrio y severo, que por otra parte caracterizó el resto de sus libros y monografías. El lo hizo presentando el conjunto de los acontecimientos sin tomar partido por ninguna tendencia, por ningún gobierno, por ninguna tola política, sino presentando uno tras otro cada uno de los hechos que han conformado el tiempo que es motivo de su examen. Esto le ha permitido llegar mucho más hondo y facilitar una información de primera importancia.

Como casi todo lo que se ha escrito sobre el tema son libros que han surgido sobre la marcha, los cuales son producto de los acontecimientos, muchas veces escritos por los mismos actores y testigos, la fuente fundamental de su trabajo fue una meticulosa lectura en la prensa de la época. Es por esto que pudo ser objetivo en la presentación de hechos, sucesos y acontecimientos, logrando también esclarecer muchos puntos que aún habían quedado oscuros, olvidados o soslayados por razones políticas.

Ahora bien, el examen que presenta en estas **Tres décadas...** se encuentra dentro del marco de los acontecimientos mundiales e hispanoamericanos de cada uno de aquellos años de tal forma que el lector se forma así una visión de conjunto.

Estas **Tres décadas...** no son sólo crónica de los avatares de nuestra vida política sino que el trabajo muestra el conjunto de nuestra vida social: se detiene en los hechos culturales, en los deportivos, en los religiosos y esto siempre en perspectiva con los rasgos de la evolución de la ciudad que en 1936 tenía apenas 200.000 habitantes, en 1966 llegaba a los 2.000.000 millones de personas, cuyo desarrollo es el telón de fondo de este libro.

Días de atrás

Dejando de lado las consideraciones que se podrían hacer sobre las páginas de carácter oratorio insertas en su libro **De Caracas hispana y América insurgente** pasamos a otros ámbitos del discurso histórico para ocuparnos de algunas páginas analíticas insertas en este tomo. En esta obra además de presentar al general José Antonio Páez dedica especial atención a las actividades de este caudillo en la consolidación del Estado venezolano a partir de 1830.

También en este volumen nos ofrece un estudio sobre Caracas durante cuatro décadas del siglo XVII. Su examen de los años 1664-68 lo hace a través de las **Actas del Cabildo**. Pero el interés que tiene este trabajo estriba en el hecho de que Rodríguez no nos ofrece un estudio parroquiano, en el cual era fácil caer al examinar cuanto aconteció en la pequeñísima Caracas de aquellos días, sino que relaciona lo que aquí sucedía con los acontecimientos que se llevaban a cabo en España de la cual formábamos parte. Aquel momento no podía ser peor, no sólo vivía el imperio hispano momentos de crisis bajo el reinado del decadente Felipe IV. Eran aquellos los días en que gobernaba el Conde Duque de Olivares, tiempo durante el cual los españoles perdieron a Curazao, la cual cayó en manos de los holandeses, sino que se inició la expoliación de nuestra Guayana Esequiba por los ingleses. Mientras esto sucedía la ciudad de Caracas vivía intensa crisis como consecuencia de la peste y las constantes plagas. También el hambre era hecho generalizado, el Cabildo "racista y plutocrático" (p. 31) no tenía interés por resolver los problemas del común, los servicios estaban en crisis, había carestía de los bienes más importantes y quienes los vendían especulaban con ellos, a su vez los indios protestaban los males tratos y los negros cimarrones se habían insurreccionado. El obispo aunque residía dentro del país no se había preocupado de residir en su sede, que era Caracas, sino que vivía en Trujillo. Fueron momentos de crisis aquellos que historia Rodríguez. Lo cual nos indica que la crisis no es nueva. Ha sido siempre una de las constantes de nuestra historia.

Otro de los estudios de este libro nos permite comprender un aspecto del período emancipador al cual apenas nos hemos asomado. Nos referimos al capítulo dedicado al ilustrado español Alvaro Florez Estrada (1769-1853). Hemos afirmado que gracias a esta indagación podemos entender por qué entre nosotros la historia del período de la independencia se ha escrito de manera parcial. Apenas se ha estudiado como debería el punto de vista Realista del mismo proceso. Y es esto lo que no nos ha permitido comprender bien aquel complejo proceso. Si esto ha sucedido muchos menos hemos penetrado en los puntos de vista sostenidos por los "liberales ilustrados" hispanos sobre el mismo acontecimiento. Hay que volver a ellos porque muchos de estos peninsulares los ató intensa relación con los patriotas hispanoamericanos. Especialmen-

te con aquellos que residieron en Londres durante los años de la guerra, para los hispanoamericanos, durante la emigración liberal, para los españoles. Es este punto básico de la historia de nuestras ideas. Manuel Alfredo Rodríguez contribuye con el estudio que comentamos a hacer luz en esto al presentar las actividades de Florez Estrada, uno de los primeros españoles que publicó sus opiniones sobre nuestra independencia (p.57). Y lo hizo a través de su libro **Examen imparcial de la disensiones de la América con la España** el cual se consideró publicado hasta hace poco en 1814 aunque en verdad fue impreso en 1810, como lo explica Rodríguez (p.57). Los planteamientos del notable economista tuvieron intensa resonancia en nuestro país (p.65, 69, 70).

Travesía

Casi todos los análisis que reúne Rodríguez en su **Travesía de Venezuela** bien podrían juntarse en torno a la idea según la cual "*las ideas preceden a la espada o marchan de consuno con ella*" (p.31) ya que en una buena parte de los textos reunidos en este volumen su autor discurre en torno a la presencia de las ideas en la historia. En este libro Rodríguez se refiere a la vida de hombres singulares o subraya la significación de libros cuya importancia no debe ser soslayada.

A través de las páginas de **Travesía...** nos encontramos con oscuros hombres como Julián Díaz quienes rechazan lo noble. Este fue uno de los que en la Real Audiencia de Caracas rechazó el proyecto educativo que don Simón Rodríguez presentó para mejorar la Escuela de Primeras Letras que él regentaba en Caracas (p.11). En otros momentos Rodríguez le mira la cara a personas como Alonso Bernaldez quien no vaciló en entregar el país a los invasores extranjeros (p.37). A veces hunde su mirada en los recovecos de nuestra política al observar las relaciones del marqués de Rojas y Guzmán Blanco (p.60), la soledad altiva de Cecilio Acosta (p.75), silencio más explicable si tenemos en cuenta que durante el tiempo durante el cual vivió Cecilio Acosta "*los hombres públicos de éxito eran, en su gran mayoría, cortesanos abyectos, procaces peculadores o, cuando menos, cómplices pasivos de los más agresivos depredadores de la cosa pública*" (p.76). Aduladores cuyos ecos "*se han perdido en el olvido*" (p.79). También se refiere Rodríguez a lo largo de las páginas siempre estimulantes de **Travesía...**a asuntos tan importantes como la necesidad que tiene todo país que sus políticos sean hombres cultos (p.22), la importancia de las discrepancias honestamente expuestas (p.22, nota) como uno de los motores del proceso democrático.

Pero hay más en **Travesía...**tal sería el caso de los perfiles del historiador Baralt, del marqués de Rojas, del crítico Julio Calcaño, del maestro Rómulo Gallegos, del poeta Andrés Eloy Blanco que nos ofrece aquí. Otro tanto diría-

mos de sus excursiones analíticas a través de nuestros principales libros del siglo XIX o de obras controvertidas del XX como el denominado **Libro rojo** de 1936. Tampoco deberían dejarse de tener en cuenta las siluetas que sobre Ruiz Pineda, Carnevali, Pinto Salinas o Ramos Jiménez que aquí se recogen. Observación que reiteraríamos en los casos del poeta y crítico Rafael Pineda, del músico Antonio Lauro o del dramaturgo César Rengifo.

En Guayana

En su libro **La Guayana del Libertador** Manuel Alfredo Rodríguez asedia de nuevo el examen del papel que la región guayanesa significó tanto en la vida de Bolívar como dentro del proceso del cual fue el Libertador cabeza principal precisamente desde su paso a esta región.

Antes de comentar **La Guayana...** conviene señalar que estamos ante un nuevo libro de Rodríguez sobre esta etapa singular de nuestra emancipación. Y lo afirmamos porque hay diferencias entre la obra que comentamos y otra del mismo autor **Bolívar en Guayana** sobre el mismo tema. En aquel nos muestra cuanto hizo Bolívar antes de llegar al sureste de nuestro país, nos permite observar lo allí realizado, lo desde allí proyectado, lo pensado en Guayana y lo realizado en otros ámbitos, como fue la Campaña del Centro (1818) o el Paso de los Andes (1819). En **La Guayana...** se ciñe a cuanto realizó el Héroe desde que invitado por el general Manuel Carlos Piar se trasladó con reticencias a la zona (p.11) y ya en ella se dio cuenta que tenía razón Piar en querer trasladar allí la lucha por la independencia. Se había dado cuenta que aquella comarca se encontraban las bases logísticas que el ejército requería.

Bolívar llegó a Guayana el 3 de abril de 1817. “*Allí cambiaría su destino*” (p.7). Como lo afirma Manuel Alfredo Rodríguez inicialmente el Libertador “*no creyó en la conveniencias de la campaña de Guayana y su viaje obedeció al propósito de interrumpirla... Los resultados que a la vista tuvo lo persuadieron del acierto estratégico de Piar y del mérito de la iniciativa... el dominio del río era indispensable para apresurar la liberación*” (p.11).

Frente al Orinoco va transcurrir una etapa fundamental para el Libertador. Angostura “*rivaliza con Bogotá como la ciudad más favorecida por la presencia física de Bolívar*” (p.70). Allí se concentra el mando militar de la Revolución en sus manos. Esto se llevó a cabo no sólo como consecuencia de la unanimidad de los diversos jefes sino como resultado de un hecho: fue Bolívar quien trajo las armas necesarias para proseguir la lucha lo cual, explica Guillermo García Ponce, fue el factor decisivo para el reagrupamiento de los dirigentes

patriotas a su lado (**Bolívar y las armas en la guerra de Independencia**. Caracas: Congreso de la República, 1983, p. 194-199).

Como consecuencia de las victorias, en las cuales tuvo especial actuación Piar, y eliminada toda disidencia, Bolívar estableció en Angostura la República, creó sus instituciones y dio legitimidad a su autoridad, obtenida con la espada en la mano, al convocar el Congreso de Angostura el cual, como confesó a Fernando Peñalver (Guayaquil: mayo 30, 1823), *“me ha dado más reputación que todos los servicios pasados, porque los hombres quieren que los sirva al gusto de todos y el modo de agradarlos es convidándolos a participar del poder o de la gloria del mando. Yo sé muy bien que Ud. contribuyó al entierro de todos mis enemigos, que sepulté vivos en el congreso de Angostura, porque desde ese día se les acabaron el encono y los celos”* (**Obras de Simón Bolívar**. Caracas: Cantv, 1982, t. II, p.762).

Manuel Alfredo Rodríguez en el itinerario de Bolívar que traza en **La Guayana...** no se refiere sólo a cada una de las actividades, militares, administrativas, institucionales, periodísticas o intelectuales, que Bolívar realizó mientras Guayana fue el centro de operaciones de la naciente república, sino que como buen cronista del solar nativo nos ofrece en forma esquemática la historia de cada uno de los pueblos de aquellos parajes en los cuales estuvo, o se detuvo, Bolívar indicándonos las actividades realizadas por el Libertador en ellos. Tan minucioso recuento le permite fijar el paso de Bolívar por Uputa en torno al cual nada sabíamos. (p.45)

La estancia de Simón Bolívar en Guayana concluyó el 24 de diciembre de 1819, *“En horas de la tarde el Libertador se alejó para siempre de Angostura... en el momento del embarque tal vez meditara sobre Guayana como clave de su destino. Vino al Orinoco siendo un polémico Jefe de una República errante y ahora lo remontaba por última vez, como Libertador Presidente”*. (p.211)

Fue Angostura donde según el autor de **La Guayana...** se celebró por vez primera (octubre 28, 1817) el onomástico del Libertador. El día de San Simón fue fiesta nacional hasta las primeras décadas del siglo XX. En 1846 la ciudad de Angostura pasó a denominarse Ciudad Bolívar, en su plaza principal se colocó, en 1869, la primera estatua del Héroe erigida en nuestro país.

La elaboración de “Canaima”

No han sido muchos los libros que se han publicado sobre Rómulo Gallegos (1884-1969). Entre los aparecidos hay varios significativos. Se trata de trabajos que nos han permitido observar desde sugerentes puntos de vista la obra

galleguiana. Algunos constituyen agudas exploraciones de aspectos a los cuales no se le había prestado debida atención. Otros nos permiten conocer trazos inéditos de la vida o de los escritos de nuestro fabulador. Tal es el caso de la obra de Manuel Alfredo Rodríguez: **Y Gallegos creó Canaima**. A través de sus páginas podemos comprender un momento de la actividad de Gallegos así como asomarnos a la creación de **Canaima**, sin duda alguna la mejor de sus novelas.

El itinerario

De la mano de Manuel Alfredo Rodríguez nos internamos en este libro en un momento particular de la biografía de don Rómulo. En 1929 como consecuencia del triunfo de **Doña Bárbara** el general Gómez hizo que su secretario Rafael Requena le leyera la novela. El autócrata decidió nombrar a Gallegos Senador. El maestro, quien no era gomecista, para no incorporarse al Congreso no regresó de España, donde se encontraba, sino en julio de 1930 cuando ya las sesiones de la Cámara habían concluido. El 19 de abril de 1931 se abrirían las deliberaciones otra vez. Corrían rumores de que esta vez el dictador lo haría nombrar presidente del Senado. Gallegos se dio cuenta que estaba en una encrucijada. Escogió por su dignidad. Decidió tomar el camino del exilio. Pero antes se apresuró a hacer algunos recorridos por el país para tomar apuntes para algunos de sus proyectos. Fue esto lo que le llevó a Guayana. Ya tenía en mente una novela sobre aquella región. Llegó a Ciudad Bolívar el 15 de enero. Rodríguez nos permite comprender los porqués de este periplo, el tiempo de su estancia, las amistades que allí trabó, los lugares que visitó. Su paso por Ciudad Bolívar, Uputa, San Félix, Guasipati, El Callao y Tumeremo le permitió a Gallegos relacionarse con el ámbito en donde transcurriría su nueva ficción. El 9 de febrero regresó a Caracas. El 4 de abril salió proscrito de Venezuela por propia voluntad. Se trasladó a Nueva York desde donde envió, el 24 de junio, la renuncia a su curul. En la metrópoli unisense comenzó a trabajar en **Canaima**. Al año siguiente se trasladó a España en donde publicó el libro en 1935.

El cuaderno de notas

Durante todas sus correrías por tierras guyanesas Gallegos llevó consigo una **Libreta de notas** en donde fue consignando todas sus impresiones. En ella nació **Canaima**. Además llevaba una cámara de fotografía (p.31-32) con la cual obtuvo diversas gráficas de los sitios visitados. Tales fotos le sirvieron a la hora de componer su nueva obra. En cuanto al hecho de tomar fotografías de los lugares en donde transcurriría su libro si bien Gallegos debió ser el primer es-

critor venezolano en hacerlo, este es procedimiento que otros creadores han utilizado. Así lo hizo Graham Greene, como el mismo lo recuerda en diversos pasajes de sus memorias **Vías de escape**. (Buenos Aires: Sudamericana, 1981).

Y aquí llegamos a lo sustancial que nos ofrece el libro que comentamos. A través de esta obra podemos penetrar en el taller del escritor Rómulo Gallegos dado que la libretica, como la denomina Rodríguez, la conservó Gallegos en su archivo. Gracias a esto Rodríguez ha podido proceder a ofrecernos una edición anotada de la misma. Pero no sólo eso. Aquí ofrece a los lectores la reproducción facsimilar de la misma (p.9-22). Se trata de una libreta de 15 x 9.2 centímetros de noventa páginas, cincuenta y tres de las cuales están escritas del puño y letra de nuestro primer narrador. Rodríguez para poder documentar el valor de la **Libreta de notas** nos ofrece la transcripción de la misma completándola con un conjunto de observaciones de índole muy diversa las cuales nos permiten poder entender aquello que se propuso hacer Gallegos. De la misma forma ha incluido los fragmentos de **Canaima** desarrollados a partir de las anotaciones hechas durante su viaje. Como Rodríguez advierte mediante este procedimiento “se busca proporcionar un testimonio fehaciente e ilustrativo de su estilo de trabajo y de sus inmensas facultades de recreador-inventor” (p.42). Y esto es posible porque gracias a las comparaciones el lector puede observar aquello que Gallegos escribió en su **Libreta de notas** y la forma como todo esto se fue transformando, por medio de su arte, al crear la más universal de sus invenciones.